

DON EDUARDO

Tres médicos que han trabajado con Don Eduardo Ortiz de Landázuri recuerdan a su maestro en unos apuntes que «Nuestro Tiempo» les pidió con motivo de la entrevista publicada en nuestro número de junio-julio de 1984.

Conozco a Don Eduardo desde el año 1946. Va a hacer casi 40 años. Los alumnos de Patología General de aquel curso 46-47 esperábamos al nuevo catedrático de esta asignatura. Sólo sabíamos que era un joven discípulo del Profesor Jiménez Díaz. Así que cuando un hombre joven con aspecto distinguido preguntó por el aula de Patología General, lo seguimos todos creyendo que era el nuevo catedrático. Pronto descubrimos que era un nuevo compañero que desde Madrid se incorporaba en Granada al tercer curso. Pero mientras tanto, otro hombre joven de aspecto deportivo con aire de «chicarrón del norte» (como con cariño le llamábamos los estudiantes) había penetrado en clase acompañado de algunos profesores de los que en Granada enseñaban Patología General. Este

sí era el nuevo catedrático: el Dr. Eduardo Ortiz de Landázuri.

Creo que ninguno de los alumnos de aquel curso podrá olvidar el «fenómeno Don Eduardo». Fue por una parte un torbellino de actividad y sorpresas en la vida estudiantil de nuestra tranquila Facultad de Medicina. Supuso, sobre todo, un nuevo aire de profundidad científica y renovación en la vida de la medicina clínica de Granada. Don Eduardo no sólo permanecía durante diez o más horas, como mínimo, con actividad incansable, en la Facultad, sino que durante la noche nos convocaba a estudiar casos concretos, preparar puestas al día de temas importantes, analizar artículos científicos de interés, etc. Gracias a él muchos iniciamos con intensidad el estudio del inglés y perfeccionamos nuestro alemán. También nos introdujo en la medicina científica, pero siempre impregnada de humanidad, de su enorme humanidad.

Pronto, el pequeño laboratorio clínico del hospital de San Juan de Dios vio aparecer, bajo los auspicios de la cátedra de Patología General, unas instalaciones donde pudiera ampliarse considerablemente el número de determinaciones analíticas que exigía una medicina moderna. Los alumnos de Patología tuvimos que aprender no sólo a hacer bien una historia clínica, a explorar (palpar, percutir, auscultar, etc.) un enfermo y lo que significaba la alteración de todas aquellas constantes biológicas, sino también a atender y cuidar un enfermo con toda la dedicación que prestaba Don Eduardo. Si uno de los enfermos que estuviera a nuestro cuidado estaba grave, teníamos que permanecer durante toda la noche junto a él y sabíamos con seguridad que Don Eduardo aparecería por el hospital a las 2 o las 3 de la mañana, después de ha-

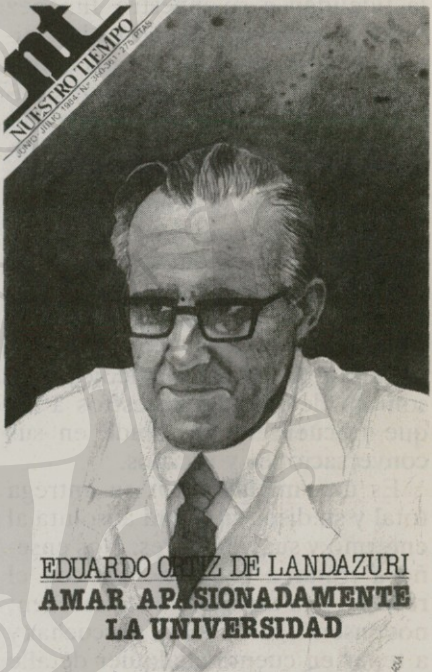
ber leído la última revista, a verle antes de irse a la cama. Al día siguiente estaría puntual a primera hora en el hospital después de haber recibido una clase de inglés. De Don Eduardo aprendimos los alumnos de aquel curso mucha medicina, pero también aprendimos lo que es hacer un trabajo bien hecho (con entusiasmo y dedicación intensa), lo que es fidelidad (como él se la tenía a su maestro Don Carlos), y lo que es humanidad (como él la tenía con «sus enfermitos»).

Siempre nos distinguió a los alumnos de aquel curso con su amistad; por eso nunca dejé de verlo con cierta frecuencia, aunque luego me dedicase a la Anatomía. Sin embargo, hay otra época de mi vida en la que viví de nuevo en contacto diario con él. Fue después de mi incorporación como Catedrático de Anatomía a la Universidad de Navarra. Durante una larga temporada él fue Decano de la Facultad de Medicina y yo Vicedecano. Fue una temporada realmente constructiva. Tuve ocasión de aprender otras muchas cosas de Don Eduardo pero quisiera ahora hablar exclusivamente de una, de su lealtad, apoyándome en una anécdota. Discutíamos en la Comisión Directiva de la Facultad un asunto de gran trascendencia para la vida de la misma. Don Eduardo defendía con firme convencimiento una postura y la mayor parte del resto, de los que yo era el más «viejo», defendíamos la opuesta. La decisión de la Facultad fue proponer la postura que defendíamos la mayoría. Esta postura encontró una fuerte oposición en la Junta de Gobierno de la Universidad, pero Don Eduardo, leal al sentir de la Facultad, porque cree en los órganos de gobierno colegiado, defendió el parecer de la Facultad con tal energía y eficacia, que fue aceptada finalmen-

te por la Junta de Gobierno.

Todos conocen su enorme prestigio profesional, su entrega, generosidad y entusiasmo. Yo sé también de su cariño paternal para mí y los míos ■

DR. FERNANDO REINOSO-SUAREZ



**EDUARDO ORTIZ DE LANDAZURI
AMAR APASIONADAMENTE
LA UNIVERSIDAD**

Le conocimos en Granada hace muchos años —ya era entonces Don Eduardo!— y de una forma u otra vinimos tras él a Navarra, sin saber muy bien a dónde veníamos ni lo que sería el embrión de la «Escuela de Medicina» que comenzaba sus primeros pasos en Pamplona. Pero eso no importaba demasiado. Todos éramos conscientes de su «exigencia» en el terreno profesional pero también de su afecto demos-

trado en mil detalles diarios a sus alumnos.

A lo largo de estos años hemos vivido junto a él muchos avatares de la praxis clínica en esta profesión que recientemente ha sido calificada como «la más humana de todas las ciencias».

Es fácil destacar rasgos en la personalidad de Don Eduardo: desde sus «elogios» hasta sus «reprimendas». Siempre nos llamó la atención la fidelidad a su maestro Jiménez Díaz, el amor apasionado a la Universidad, la dedicación a los enfermos, la capacidad de trabajo, la facilidad para entusiasmar a sus oyentes con sus breves palabras, la perspicacia y realismo de sus consejos.

De todo ello y por ser testigos directos de su quehacer profesional, forzosamente tenemos que decir que Don Eduardo ha sido sobre todo un «médico». Aunque eligiera la carrera de Medicina al azar, se fue forjando su vocación médica a la sombra de grandes maestros a los que frecuentemente alude en sus conversaciones y escritos.

Es un «médico» por su entrega total y su disponibilidad absoluta al enfermo y sus familiares. Nos enseñó a tratar a los pacientes con el respeto y la dignidad que merecen; nos enseñó, sobre todo, a escuchar y a tener en cuenta cualquier detalle por mínimo que pudiese parecer, que revelase, a lo largo de la historia clínica, la clave para el deseado diagnóstico.

Cuando éramos recién graduados y teníamos que enfrentarnos a la angustia de las noches de guardia, siempre tuvimos en él la ayuda decidida y pronta para salir del apuro. Nos daba cierto reparo llamarle de madrugada a casa, cuando sabíamos que dormía tan pocas horas, pero su respuesta era inmediata. Aún recuerdo en una noche de invierno

verle llegar, tras nuestra llamada, para ayudarnos a tratar a una niña enferma que moría en una cama del hospital y su emoción y cariño al darse cuenta de que moriría en breves minutos pues su corazón era incapaz de seguir latiendo. Vimos llenarse de lágrimas sus ojos ante el cadáver de la niña y oímos de sus labios palabras entrañables de consuelo para los padres; luego, cuando ya amanecía, le vimos irse caminando, tras rechazar nuestra solicitud para llevarle en coche, hasta su casa.

En las horas de consulta, durante las tardes, los enfermos tenían que esperar que llegase su turno, a veces varias horas, con la normal irritación que ocasiona espera tan larga. Las caras, al entrar en la consulta, eran serias, pero al cabo de un rato y a medida que la historia clínica se iba desarrollando era notable cómo iban entregando su confianza en el médico y, cuando al finalizar la exploración tenía lugar la despedida, era frecuente que expresasen su gratitud y manifestasen su comprensión, justificando la espera al verse compensados por la atención, profesionalidad y afecto de que les hacía objeto. Era frecuente que al terminar la jornada de trabajo perdiésemos el último autobús (entonces era a las 22,30 horas) y caminábamos entonces desde la Clínica hasta la calle Carlos III, si no había algún enfermo o pariente que apiadándose de nosotros nos acercaba a su casa. Temíamos que nos invitase a cenar, cosa que ocurría frecuentemente, porque inmediatamente después de la cena y en la misma mesa de comedor, situaba los libros y revistas para seguir estudiando hasta altas horas de la madrugada ■

**DR. FEDERICO CONCHILLO
y DR. IGNACIO LUCAS**